



Parque principal de Jericó. Se ve la nueva Catedral de Nuestra Señora de Las Mercedes, construida en el mismo lugar de la anterior, a partir de 1949. Cortesía del autor.

religiosos, cívicos y sociales, los pasos y pendones procesionales de la Semana Santa, los altares del Corpus y muchas creaciones más.

Como hemos podido apreciar, Jericó ha sido y sigue siendo una vitrina de la antioqueñidad, entendida en el mejor sentido de la palabra, esto es alejada de nostalgias y sentimentalismos. Es un pueblo en el que los visitantes encuentran una sociedad tradicional pero no alejada de las realidades sociales del país, con una oferta cultural variada y una comunidad receptiva al turismo cultural y ambiental.

Esta presencia de la cultura en todos los ámbitos de la vida doméstica y también en lo social, superando ampliamente el binomio cultura-bellas artes, es lo que le ha permitido a Jericó ser la “Atenas del Suroeste”, no como un enunciado vacío y alejado de la realidad, sino como vivencia de cada día para cada uno de sus habitantes.

Roberto Ojalvo Prieto. Jericoano. Abogado. Miembro de número y Consultor del Centro de Historia de Jericó. Ex director del Museo de la Universidad de Antioquia. Director voluntario del Museo de Antropología y Artes de Jericó Antioquia “MAJA”.

“Mataco”: el artista galería ambulante

Vidas hay como la de este artista que, como quien enciende un cigarrillo con otro, parecía nunca terminar una obra cuando ya estaba comenzando la siguiente.

Humberto Castaño Brand, ‘Mataco’: un envigadeño trágico que no se olvida.

Orlando Morales Henao

Entre los años 1970 y 1980, **Mataco** parecía haber llevado hasta un límite extremo la pasión por la pintura, impulso creador que parece no haberle dejado tiempo para terminar ninguno de sus cuadros, pues era tanto su afán artístico, que si miramos sus trabajos con detenimiento, podremos darnos cuenta de que casi ninguno fue “terminado”. Más que su obra, fue su vida misma una obra de arte, lo que en la actualidad podríamos llamar “un performance” constante. Con esa fuerza espiritual impregnó para siempre el quehacer artístico del municipio. Su vida cotidiana estaba siempre en función del arte, en la relación que mantenía con los demás seres humanos, fueran éstos del mundo de la cultura o no; sus actitudes, temas y quehaceres giraban alrededor de ese norte: el arte.

Son pocas las personas que no recuerdan su figura de pintor del siglo XIX, con su barba larga y su ropa desaliñada, y una sonrisa y alegría contagiosas, que, parece, no alcanzó a los “ángeles” de la muerte que pusieron fin a sus días violentamente.

Nace en el año 1948 en el barrio “El Salado”, en Envigado; Su madre lo entrega a sus abuelos y tías, quienes se encargarán de criarlo y educarlo, o, como él mismo decía, “de darme fuerzas”. Sus primeros años no mostraron una inclinación por la pintura; sus comportamientos cotidianos eran los de un niño común y corriente, de aquellos a los que se les va la vida entre el juego y algunos esfuerzos académicos. Ingresó a realizar estudios de artes en el Instituto de Bellas Artes de Medellín, donde estudió dibujo y pintura, y también música (piano), bajo la enseñanza de maestros reconocidos como Gilberto Uribe, Emiro Botero y Pietro Mascheroni. Terminados allí sus estudios, y como casi todos los egresados de artes en nuestro país, no encuentra empleo en su campo, por lo que invierte su tiempo en la elaboración de retratos o paisajes, y en alguna otra labor ocasional que le permita subsistir con dignidad.

Como miles de envigadeños de la época ingresa a trabajar como obrero de oficios varios, en el año 1972, en la fábrica textil Rosellón, motor del desarrollo del municipio desde las primeras décadas del siglo XX. Si bien desde antes venía desarrollando alguna actividad artística en compañía de su gran amigo y también artista Ricardo Noreña, es al entrar en contacto con la estampación y el diseño de telas cuando se desata en él una desbordante pasión artística.

Las figuras florales, las composiciones horizontales y verticales, los colores cálidos y fríos, los entramados de color y forma, el olor mismo de las pinturas y las telas, van acendrando en su naturaleza una vocación definitiva. No son muchos los años que permanece en la empresa pues, al encontrar su ruta, cualquier obstáculo diferente al del arte le estorba para alcanzar su meta: “Crear en libertad”, como él mismo decía.

El expresionismo de su pintura lo emparenta con la obra de Débora Arango, convirtiéndose en una especie de continuador de la reconocida obra de esta artista, tanto en la técnica como en el contenido social. Series famosas de Mataco como *Las monjas borrachas*, *Los cristos y sus locos*, *El culto fálico*, *Las maternidades reales*, *Las colegialas*, *Los Quijotes*, etc., son una pequeña pero incuestionable muestra de nuestro de nuestro enunciado.

El otro componente de su vida fue la leyenda personal que construyó con su conducta excéntrica en las calles y barrios de Envigado. Basta hablar con alguno de sus contemporáneos, para que, inmediatamente, nos relate alguna anécdota de la cual Mataco fue protagonista, real o inventada, pero afluentes unas y otras de esa leyenda. Dejar cuentas pendientes en los bares, que posteriormente eran canceladas con obras o dinero, salir de parranda con varios cuadros a cuestas (viva galería ambulante),



‘Gaitán y el pueblo’. Acuarela. Tamaño original: 46 x 36. Humberto Castaño Brand, 1988. Incluida en el folleto de la exposición ‘Mataco sin dueño’, de la Galería Bar Rojas, 2019.

disertar en voz alta sobre arte o acontecimientos sociales y políticos, tejieron ese anecdotario. Es un acontecimiento del arte en Envigado, un capítulo, ese ir dejando obras de arte meritorias –incluso más que meritorias muchas de ellas, con el sello del hallazgo personal, de la renovación de temas, de conmover con su poder expresivo, en medio de la rapidez de un trazo en absoluto convencional– en las paredes de bares y cantinas, elemento espontáneo y valioso de educación del gusto del pueblo que los frecuenta, contacto debido al azar y a la marginalidad dolorosa de un artista de talento, propiciando así un contacto vivo, inmediato, con el arte, por parte de un público que suele pasar su vida sin trasponer las puertas de museos y galerías de arte.

Su estilo expresionista lo emparentó con algunos de los seguidores de esta escuela en Colombia: Lorenzo Jaramillo, Ángel Lockhart, Guillermo

Wiedemann, Jorge Elías Triana, Alejandro Obregón, y muy especialmente, con Débora Arango Pérez, con quien lo ligó no solo un estilo y un mundo temático, sino también una amistad de muchos años.

Es innegable la condición inacabada de la gran mayoría de sus cuadros, como si su culminación hubiera sido aplazada para el día siguiente, tal vez porque en lo inmediato otra obra reclamaba su atención. Tuve la oportunidad de conversar personalmente con él sobre esta situación de su trabajo, allá por los años 1985 – 1989, en tertulias con otros artistas donde tocamos el tema de lo inacabado en el arte. Puedo resumir su posición de la siguiente manera: “Es tal el atropellamiento de ideas que me viene a la mente, que siento la necesidad de pasar a una nueva obra sin terminar la anterior, pues si lo hiciera, se me escaparía la nueva, y nunca la recuperaría”. No fue, pues, negligencia,

en el sentido habitual que tiene este término, sino que **el torrente del impulso creativo que lo acompañó siempre de manera consustancial con su ser, marcó su lenguaje hasta convertirse en sello personal del conjunto de su obra y de cada cuadro o imagen en particular.** Y en todo aquello, la fuerza de la pincelada, la simplificación de las formas, el aliento social de sus temas.

Su visión política siempre tuvo una marcada inclinación de izquierda; su solidaridad con los pobres de la tierra es un sello palpable en su obra, donde la gran mayoría de los personajes son de raíz popular; la concepción marxista de la historia animó sus intervenciones en múltiples eventos artísticos y culturales. Y, desde luego, esa visión política se expresó en el plano más palpable: en imágenes de los grandes líderes de la izquierda, como el Che Guevara, Fidel Castro, Carlos Marx, Lenin, María Cano. Pero esta visión del mundo no hizo de él un intransigente, un sectario con el que no compartiera esa visión social suya. Siempre fue una persona respetuosa de las ideas de los demás y sus polémicas nunca trascendieron el campo de las ideas.

En 1980 se casa con la educadora Amparo Orozco, unión de la que nace una hija, Catalina.

Muere asesinado el 5 de octubre de 1989, a la edad de 41 años,

precisamente el día en que su hija Catalina cumplía 8 años de edad, y los cuales se aprestaban a celebrarle.

Desde el momento de su desaparición física se le han realizado cinco grandes homenajes: el primero, una retrospectiva que le organizó la Universidad Autónoma Latinoamericana, en el año de 1990; el municipio de Envigado promovió el segundo en 1993; se cumplió el tercero en Torre Molinos – Bar; Institución Universitaria Tecnológico de Antioquia se sumó más tarde a este proceso con otra exposición, y finalmente, Rojas Galería–Bar, situado en Envigado, organizó una muestra selectiva de su obra en octubre de 2019. Su obra hace parte de muchas colecciones privadas de Estados Unidos y Centro América, y de colecciones públicas y privadas en Colombia, principalmente en Envigado.

Orlando Morales Henao. Envigado, 1952. Maestro en Artes, Universidad Nacional de Colombia. Exposiciones individuales: Biblioteca Pública Piloto de Medellín, Universidad de Medellín, Estaciones Suramericana e Itagüí del Metro, Universidad Autónoma Latinoamericana y Palacio de la Cultura Rafael Uribe Uribe, entre otras. Exposiciones colectivas: alrededor de 50. Jurado de Bienales de Humorismo Gráfico en Cuba, México y Argentina. Director de la Muestra Mundial de Caricatura Valle de Aburrá. Autor de comentarios sobre arte en medios como El Colombiano, El Mundo, Escritos desde la Sala y en numerosos catálogos.

Elogio de la Guardiania del Faro

**La agridulce historia de
Eugenia, la mujer que
durante años mantuvo
abierta y en pie, contra
todas las dificultades,
la biblioteca Epifanio
Mejía, de Yarumal.**

Humberto Barrera Orrego

Eugenia López Palacios vio la luz en el municipio de San Andrés de Cuerquia el martes 26 de julio de 1927, en la familia formada por Rubén y Ana Josefa (apodada cariñosamente Pepa), una familia populosa como era habitual en la época: dieciséis hijos, cinco de ellos muertos a corta edad.

La niña tendría tres o cuatro años cuando se la llevaron a vivir al gineceo de sus tías solteras en Yarumal, conocidas como “Las Yayitas”. Se decía jovialmente que Eugenia no contrajo matrimonio porque ningún novio se arriesgaría a lidiar con siete suegras: sus seis tías y doña Pepa. De labios de una de ellas oí alguna vez la que era como la divisa de la casa: «El matrimonio es como la frisolera: primero “flores” y después “vainas”». Hubo también cuatro tíos.

La casona, situada en la parte baja de la falda de don Zoilo, en la esquina suroccidental del cruce de la carrera 21 (Sucre) con la calle 17 (San Carlos), de tapias y tejas y pisos entablados, era famosa por su zaguán y su patio central, adornados de diseños geométricos formados con